

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICIÓN MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, DAIMAN-282

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

15 centésimos

Lo falso y lo verdadero

Algunos diarios de la capital han dado á luz unos versos pertenecientes á la comparsa *Habitantes de Vilardebó* y titulados *Lo que sueñan los locos*. Como esta canción, arreglada á cierta música de *Los órganos de Místoles*, ha sido publicada *inocentemente* sin duda, con nombres propios y faltas y sobras que, sin duda *inocentemente*, desfigurán la verdad de los hechos, transcribimos á continuación los versos mencionados, tales como fueron escritos y existen en poder de la comparsa *Habitantes de Vilardebó*. (Q. E. P. D.)

He aquí la canción verdadera:

LO QUE SUEÑAN LOS LOCOS

UN LOCO

Locos, yo tengo un sueño
Fascinador;
Sueño que soy Ministro
Del Interior,
Seiscientos pesos gano
Solo por mes;
Luego sirvo con mucho
Desinterés.

Trato con malos modos
Al inferior.
Y con mil reverencias
Al superior.
Y aunque soy un Ministro
Chisgarabis,
Pienso ser Presidente
De mi país.

CORO

Sueño singular
Tiene este mastín;
Vaya que soñar!
Miren que arlequin!
Sueño singular
Tiene este mastín,

SEGUNDO LOCO

Orates, yo sueño
Que soy en mi tierra,
Quien hace y deshace,
Quien manda y gobierna.

Yo sueño que fumo
Con vanas promesas
De libres comicios
Al pueblo babieca.

Y sueño que toda
La gente me tiembla,
Al ver que me guardan
Dos mil bayonetas.

Y tengo un garrote
Pesado en la diestra,
Y á aquel que me tosa
Le rompo la jeta.

Eso sueño yo,
Un pobrecito que habita
Lo de Vilardebó.

CORO

Eso sueña él,
Já, já, já, já, já!
Sueños hay que son
Una realidad.

TERCER LOCO

Yo sueño que soy payaso,
Yo sueño que soy bufon,
Y que regaladamente
Pasando la vida voy;
Que tengo casas, molinos,
Coches también y *tián*,
Y que ayer solo tenía
Que rascar y que pedir.

CUARTO LOCO

Yo me finjo Secretario
Del Jefe de una nación,
Y sueño que á la sordina
Haciendo la bolsa estoy.

Por la plata baila el perro
Dice un antiguo refrán;
Y yo que entiendo la Biblia
Bailo por plata y por pan.
Así soy yo
Y así es el can;
Los dos bailamos
Por plata y pan.

—
CORO

Esta gran moral
Que profesa usted,
En el tiempo actual
Es la que se vé.

Que hoy todos, compañeros,
Quiera ménos y quiera mas,
Salvando la apariencia
Por miedo al *que airán*,
Observan una profecía,
Tan como la moral;
Y aquí ya no soñamos,
Decimos....la verdad.

—
Pero es demasiado atrevido

Timoteo—Señor amo, quiere que le refiera lo que de mí ha dicho una de las Excelencias actuales?

Yo—Una Excelencia, *Timoteo*?

Timoteo—Sí, señor, una Excelencia de título. Me entiende su merced?

Yo—Es claro que te entiendo.

Timoteo—Pues bien, la Excelencia aludida sostuvo con uno de mis amigos el diálogo siguiente:

—Conoce vd. al redactor de *El Negro Timoteo*? preguntó S. E.

—Sí, señor, le conozco, respondió el preguntado.

—Y hace mucho que le conoce?

—Hacen algunos años.

—Escribe bien, eh? siguió diciendo S. E.

Yo—Hola, con qué eso dijo de tí el alto personaje de la situación? Ya véis que S. E. te ha elogiado.

Timoteo—Es verdad, amo mio; pero también es verdad que el elogio de su Excelencia de título no me engríe, porque, y vaya una tercera verdad, la titulada Excelencia no es de aquellas cuyos elogios pueden engríer á *Timoteo*. Me entiende su merced?

Yo—Sí, que te entiendo, hombre.

Timoteo—Corriente, ahora proseguiré la historia

Yo—Creí que estaba concluida.

Timoteo—Está al concluir, señor amo, como el régimen dictatorial, con una diferencia, sin embargo.

Yo—Y cuál es, *Timoteo*?

Timoteo—Que mi historia acabará en dos palabras....

Yo—Y el régimen dictatorial?

Timoteo—Cuando Dios y el pueblo lo quieran. Me entiende su merced?

Yo—Mira, *Timoteo*, déjate de machacar con el *me entiende su merced?*, que te entiendo perfectamente.

Timoteo—Ojalá pudiera yo repetir lo mismo de algunas disposiciones del Gobierno, que las leo y no me es posible comprenderlas. Pero continúo la historia.

Escribe bien, eh? dijo la Excelencia al ciudadano con quien conversaba.

—Regular, contestó el ciudadano á S. E.

—Pero es bastante *atrevido*, agregó el alto personaje cuyo nombre reservo. A lo cual es muy probable que mi amigo asintiese, porque, hablando con ciertas y determinadas Excelencias, es mas cuerdo asentir que disentir. Me entiende su merced?

Yo—Que me cargas con la muletilla, *Timoteo*. Y porqué te habrá calificado de *atrevido* S. E.?

Timoteo—Eso me he preguntado yo, ¿porqué me habrá calificado S. E. de *atrevido*? Y le juro que hasta la fecha no me he podido contestar satisfactoriamente. Qué significa *atrevido*, señor amo?

Yo—Esta palabra tiene muchos significados. Por ejemplo, significa *intrépido* y *osado*....

Timoteo—Intrépido y osado? Pues yo no soy ni una cosa ni la otra, y lo probaré. Si tuviera *intrepidez*, verbi gracia, ya hubiese alabado la inteligencia de don Cándido Bustamante, como *El Ferro Carril* ó *La Nación*, cuyos redactores, por el hecho de alabarla, han demostrado ser mas *agalludos* que el héroe de la Moskowa.

Yo—Y el mariscal Ney lo era sin disputa.

Timoteo—Como lo son los que escriben *La Nación* y *El Ferro Carril*, salva la diferencia de que el guerrero francés tenía las *agallas* en el corazon, y los otros las tienen en la boca á la manera de los peces. Y qué peces y qué tiburones, amo mio....

Yo—Basta, *Timoteo*.

Timoteo—Tampoco soy *osado*. Si lo fuera hubiese batido palmas á la *ceuménica* manifestación del 18 de Julio y lo demas subsiguiente, que, para ser aplaudido, exige una *osadía* á toda prueba.

Yo—Atrevido también significa *temerario*.

Timoteo—Entonces no me sienta el adjetivo, pues yo soy en lugar de temerario *temeroso*, y no pasa hora sin que tema desgracias y desventuras para mi país.

Yo—Además, atrevido es sinónimo de *arrojado*.

Timoteo—Esto ya no me caería tan mal, recordando que, como muchos, fui *arrojado* de las urnas electorales por la manifestación mencionada etc. etc.

Yo—Tomas el rábano por las hojas, Timoteo. Este *arrojado* no viene de *arrojar* ó *echar*, sino de *arrojo* ó *valor*.

Timoteo—Quite allá, que yo no tengo *arrojo* para nada. Su merced cree que si lo tuviese ya no hubiera solicitado un puesto público? *Arrojado* ha de ser el que lo pida, y yo no lo he pedido; por consiguiente no soy *arrojado*.

Yo—Falta saber si te lo hubiesen concedido, Timoteo.

Timoteo—Esta no es la cuestión; la cuestión era suplicarlo, imitando á muchos que yo me sé y el señor amo conoce.

Yo—Y por fia, Timoteo, atrevido significa *insolente*, *desvergonzado*, *indiscreto*.

Timoteo—Virgen Santa! como dice el Secretario del Gobernador; insolente, desvergonzado, indiscreto? Y en qué lo soy ó lo he sido? Yo no pongo insolencias en mi periódico. Y respecto á *desvergonzado*, sepa su merced que soy todo lo contrario; esto es, un *vergonzoso* de primera. ¡Si lo seré, señor amo, cuando tengo *vergüenza* de publicar ciertas cosas, que, publicadas, *desvergonzarían* á mis paisanos! Y en cuanto á *indiscreto*, juro que soy la *discreción* en persona. Ah! si fuese indiscreto! Si lo fuera no me guardaría otras cosillas que, andando, andando, se sabrán un día por boca menos discreta que la de este negro pecador. De modo que no siendo ni insolente, ni desvergonzado, ni arrojado, ni temerario, ni osado, ni intrépido, ni indiscreto, ignoro en qué razones se apoya S. E. para llamarme *atrevido*.

Yo—Será tal vez, Timoteo, porque tú no eres santo de su devoción.

Timoteo—Ó mas bien dicho porque él no es de la mía. Y yo que no daba en el quid! De suerte que por no estampar alabanzas á S. E. en mi periódico, S. E. me califica de *atrevido*? Lo que es hallarse habituado á las *apotéosis* de *El Ferro Carril* y *La Nación*! Oídos que estan acostumbrados á lisonjas, motejan las verdades de atrevimientos. Y vivimos en un país republicano!... Pero si á mí, por no ser adulador, me titula *atrevido* S. E.—¿en cuenta de qué ten-

drá á los redactores del diario del *bombo* y del diario del *incienso*?

Yo—Y cuáles son estos diarios?

Timoteo—Los de mayor circulación y popularidad de la República; esto es, *La Nación* y *El Ferro Carril*. En cuenta de qué tendrá á sus escritores?

Yo—En cuenta de hombres juiciosos, sensatos, comedidos é imparciales.

Timoteo—Pues oiga su merced: aunque disguste nuevamente á S. E. yo pensaré ahora y siempre que rinden mas beneficio al país mis *atrevimientos*, que las *juiciosidades* y *sensateces* y *comedimientos* é *imparcidades* de los órganos situacionistas. Y así como es mas preferible que le digan á uno lo ito y no bribon, es mas preferible que le llamen *atrevido* y no... como llaman á los que escriben *El Ferro Carril* y *La Nación*.

Yo—Y cómo les llaman, Timoteo?

Timoteo—Eso lo sabe su merced, y lo sé yo, y lo sabemos todos; por ende, es inútil que se lo repita. Y nada mas tengo que agregar á lo hablado.

Tan solo una cosa pido
A Su Excelencia, y es que,
Ya que *atrevido* me cree,
Que me acuse de *atrevido*.
Pues preferible es, señor,
El adjetivo de *osado*,
Al adjetivo menguado
De servil ó adulator.

Los Jefes Políticos

(Pinceladas)

Un amigo nos remite las siguientes:

DON HÉCTOR SOTO

Cuentan que es hombre *tirante*
Con el pueblo que gobierna;
Y dice un refrán:—«de tanto
Tirar el arco, la cuerda
Al fin se rompe»—y hay otro
Refrán que bastante enseña:
«Tanto vá el cántaro al agua,
Tanto vá, que al fin se quiebra».

DON NICASIO GALEANO

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco te basta;
Y la fortuna, que es ciega,
No el saber (no sabe nada)
Hizo á don Nicasio Jefe
De Minas, en donde manda

Como Dios le dá á entender
Ó él lo quiere...y santas pascuas!

DON VICENTE GARZON

*El hombre absurdo es aquel
Que jamas cambia de ideas:*
Esto lo dijo, lectores,
Un conocido poeta.
Nadie, pues, afirmará,
Por mas osado que sea,
Que á Don Vicente Garzon
Le cuadra la frase aquella,
Porque Garzon ha cambiado,
(De corto tiempo á esta fecha)
De opiniones ó de rumbo
Con demasiada frecuencia;
Y leed, en breves palabras
La historia de la veleta.
Fué primero principista,
Un principista....de pega;
Luego defensor de Ellauri;
En seguida de Varela;
Poco despues de Latorre,
Y en general....de la teta.

DON JUSTO PELAYO

Si es *justo* como su nombre
Con todos sus gobernados,
Y hace en su departamento
Lo que en Asturias Pelayo,
Es decir, darle á los *moros*
Ó malos que hay en Soriano,
Justamente por los pueblos
Don Justo será aclamado.

DON MÁXIMO BLANCO

No es ni *blanco* de opinion
Ni *máximo* de talento,
Y para lo que hace como
Delegado del Gobierno,
Lo mismo es que le llamaran,
Sin perjuicio de tercero,
En vez de *Máximo Blanco*,
El señor *Mínimo Negro*.

DON JUAN CRUZ COSTA

Si á sus gobernados trata
Como trataba á sus mulas,
Los salteños quedarían
Gratos á la Dictadura,
Por haberles remitido
Un don Juan....pero hay algunas
Personas que recordando

Se llama Cruz, aseguran
Que para el Salto será
Una *cruz* pesada y ruda.
Tan horrible profecía
Quiera Dios que no se cumpla,
Pues tras *Reuelta* tener
Los pobres salteños una
Cruz encima de los hombros,
Sería llevar sin duda
Tras de cuernos palos, ó
Tras de una zurra otra zurra.

DON VICENTE MACIEL

Tiene ojos, y no mira,
Tiene orejas y no oye;
Este es un señor de esos
Que se llaman.....*Buenas noches!*

DON TEODORO PEREIRA

Todo lo doró debía
Nombrarse en vez de Teodoro,
Porque es hombre que le gustan
Los *oropetes* en todo.

DON MARIANO B. BERRO

Don Mariano es tan querido
En su buen departamento,
Que si de allí le sacáran
Todos dirían:—*Laus Deo*,
Ó en palabras españolas
Sea alabado el Gobierno.

DON TORIBIO VIDAL

En Tacuarembó los viejos,
Los jóvenes y los niños,
Cuando á la iglesia concurren
Ruegan así—«Señor, líbranos
De mundo, demonio y carne,
Y tambien de don Toribio».

DON JUSTINIANO SALVANSACH

Los floridenses imitan
A los de Tacuarembó,
Y dicen en sus iglesias:
«Líbranos pronto, señor,
Del Jefe don Justiniano,
Y mándanos luego atroz
Epidemia de langosta,
U otra epidemia peor».

NOTA—Por *olvido* no se hacen los bosquejos de los Jefes Políticos de Montevideo y Paysandú.

El último ensayo

(Cuadro fúnebre)

I

La comparsa *Habitantes de Vilardebó* se halla reunida en el local de sus ensayos. Pásasela lista—faltan cinco guerreros. Sin embargo, como hay mayoría, el director de la fiesta dá la señal de romper el fuego.

Al punto empiezan la música y los cantos. Las notas salen del piano claras, límpidas é irreprochables; las voces de los *locos* vibran con una sonoridad y una nitidez y una armonía encantadoras.

Qué pianista y qué piano! ¡Qué garganta y qué canciones! Los *solos* producen un bellissimo efecto; los coros un efecto mágico. ¿Qué más se puede pedir?

II

De repente suenan dos golpecitos en la puerta del salón, por la parte de afuera.

—Pare el músico y la baile, grita un socio de buen humor, parodiando al inglés de un casamiento.

Cesan música y cantos, y uno de los *dementes* abre la puerta del salón. Abierta que fué, entran al local dos de los cinco ausentes.

Uno de los recién llegados trae la cara lívida, los ojos como patacon y la boca desencajada. El otro ostenta un rostro sereno como el alma de un justo. Indudablemente no es redactor, ni cronista de ningún diario ministerial.

—Qué te pasa? pregunta un *habitante de Vilardebó* al socio al parecer enfermo.

—Qué me pasa? responde el interpelado; debiste hacerme al revés la pregunta, porque en lugar de *pasarme*, lo que no me pasa es un susto que acaba de darme *El Ferro Carril*.]

—Cómo es eso? interrogan muchos á la vez.

—Eso es como ahora lo verán, dice el asustado sacando del bolsillo un número del diario de la calle Mercedes. Aquí, é ignoro con que autorización, se ha publicado una de nuestras canciones, la titulada *Lo que sueñan los locos*; pero con agregados que no se encuentran en el original, ni en ninguna de las copias que poseemos.

—Y quién será el autor de esta *viejeza* sin malicia?

—Algun....

—Chiton! que las paredes oyen, murmura un precavido.

—Y además de *Lo que sueñan los locos*, inserta *El Ferro Carril* otros versos de *hacha....* y *tiza*, en los cuales nos prometen una tunda de *prima fuerza* y algo más hiriente aun.

—Caramba! balbucean casi todos los *orates*;

y los rostros comienzan á palidecer, los corazones á palpar y las piernas á estremecerse.

—Pero es curioso, exclama uno, que adulteren así nuestra canción, poniendo nombres propios donde no los había, y admiraciones donde no existieron, y puntos suspensivos donde no se veían. Quién será el autor de estas *inocentes* innovaciones?

—Algun....

—Los comentaristas para después, gritan varios socios. Continuemos el ensayo, y concluido deliberaremos.

III

La música rompe de nuevo, y vuelven á principiar los cantos. Pero ya ni la música es tan irreprochable como al principio, ni los cantos tan robustos como ántes. Parece que una mano poderosa oprime el cuello de los *locos*. Tan débiles y ahogados brotan los sonidos de la garganta de los cantores!

Varios de ellos han olvidado la *letra*, pues tienen el original por delante. Y quizá alguna ráfaga de viento penetra por las juntas de las puertas, porque los papeles tiemblan en la mano de los cantantes. No hay que decir que las *desafectaciones* y los *gallos* van en crescendo.

—Maestro, qué demonios tiene vd? vocifera un *loco*, dirigiéndose al pianista.

—Nada, hombre, nada.

—Cómo nada, y en vez de dar en la tecla dá vd. en el atril?

—Es que soy muy nervioso.

—Se conoce, porque sus dedos andan á saltos y como fugitivos sobre el teclado. Y no obstante, hace un cuarto de hora que vd. no daba muestras de sufrir de los nervios.

—Es que ciertas lecturas me despiertan este malestar.

—Caracoles! que toca vd. otra música, maestro, y no la de *Los órganos de Móstoles*.

—Ay! mis *órganos*, tartamudea el pianista, estos sí que se encuentran *desorganizados*.

Y la música vá por un camino y los cantos por otro. Qué noche la del último ensayo!

IV

—A ver, compañero, dice un *loco* á uno de los *solistas*, cante Vd. con brio aquello de:

Orates, yo sueño
Que soy en mi tierra....

Y el *solista* voceá mas muerto que vivo:

Orates, yo sueño
Que estoy ya por tierra.

—Qué mala memoria tiene Vd. hoy, sigue diciendo el chusco.

—No es que tenga mala memoria, sino dolor de tripas; por esto olvido la letra.

—Y Vd. amigo, á que sale con
Locos, yo tengo un sueño
Aterrador?...

Estos son los versos de *hacha.....y tiza*. Los nuestros dicen así:

Locos, yo tengo un sueño
Fascinador.....

Pero el que debe cantar esta estrofa solo acierta á salmodiar con voz temblorosa y agonizante:

Locos yo tengo un sueño
Aterrador...

Y no sale del sueño aterrador, quizá porque el sueño aterrador no se sale de él.

V

—Vamos á ver, profiere el chusco, como canta Fulano el

Yo sueño que soy payaso.
Yo sueño que soy bufon.....

Y el Fulano canta:

Yo sueño que soy payaso,
Yo sueño que soy bú...
Yo sueño que soy bú....

—No, compañero; el bú es otro. El bú es la canción *Lo que sueñan los cuerdos*.

—Hago moción para que dejemos el ensayo. Mañana lo seguiremos.

—Si solo le falta cantar al loco que está encargado del verso:

Yo me finjo Secretario . . .

Pero el que debe fingir el papel de Secretario, no lo finge sino que lo hace de veras, pues escribe inmediatamente su renuncia.

—Cáspita, habla el chusco; esta noche mis compañeros padecen una enfermedad extraña....

Y termina el ensayo, apáganse las luces, ábrese con cuidado la puerta, y el mas prudente de la comparsa asoma la nariz y examina la calle.

—No hay peligro, compañeros, salgamos... Y toma en seguida las de Villadiego.

Los socios salen unos tras otros, haciendo contorsiones como individuos picados por la tarántula; cantan los serenos las once....y se dá fin al presente *Cuadro lígubre*, ó *Último ensayo* de la comparsa *Locos de Vilardebó*.

VARIEDADES

La aprension

Librémonos de que se nos tenga por aprensivos. El que conquista fama de aprensivo, está libre

en el concepto de cuantos le conocen de adolecer jamás de ninguna enfermedad real y positiva.

Si le duele el estómago, es aprension.

Si las muelas, aprension.

Si la cabeza, lo mismo.

El médico de la casa y los amigos le atormentan y agravan sus padecimientos llamándole aprensivo.

—¡Me estoy muriendo!—exclama el desgraciado.

—¡Bah! ¡Qué aprensivo es V.!

—No, no es aprension; tengo un dolor de costado. acaso una pulmonía.

—¡Qué bobada!

—Que llamen al médico.

Después de rehusarlo mucho tiempo, se resuelven á complacer al enfermo, y sale un criado en busca del facultativo.

Como el sirviente oyé decir á todas horas que su amo es aprensivo, sale de casa más que de prisa, y toma en direccion opuesta á casa del doctor, que es precisamente donde vive su novia. Con ella se entretiene un par de horas, y cuando se acuerda del médico y de su amo, se dirige pausadamente hácia casa.

—¿No viene el médico?—le preguntan.

—Calle V., señorita: no estaba en casa; y he tenido que esperar toda la mañana á ver si me le traía de paso.

—¿Y no fué?

—No, señora, y viendo que tardaba me he venido.

—¿Y has dejado el aviso?

—Sí, señora, pero no me fio, porque como hay tantos avisos al cabo del día, pudiera ser que se olvidasen del de casa; ¿quiere V. que vuelva?

—Sí, porque aunque creo que esto no es nada!...

—¡Ya se vé! ¡El señor es tan aprensivo!...

—Vaya, pues anda, anda.

El criado salió segunda vez resuelto á dar el aviso; pero en camino tropezó con uno que fué su compañero y andaba ahora desacomodado.

Engolfáronse en tranquila y sabrosa plática durante otras dos horas, hasta que habiéndose despedido el desocupado, y faltándole objeto al otro, se dirigió á casa del facultativo.

Encontráronse casualmente á la puerta de casa.

—Señor don José, le dijo el criado.

—¡Hola, Joaquín! ¿Qué traes? ¿Está mala la señora?

—¡Cá! no señor.

—¿A que es tu amo?

—Sí, señor.

—¿No lo dije? Y ¿qué dice que tiene?

—Un dolor de costado.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—Las aprensiones de siempre y ¿qué le digo á la señora?

—Díle que irá por allá lo más pronto que pueda.

—Es que la señora me dijo que el amo se queja mucho.

—Sí, pero como yo conozco á tu amo, sé que puedo concluir mis visitas y dejar la suya para la última.

—Pues quede V. con Dios, señor don José.

—Adios, Joaquín.

Entre tanto el mal del enfermo iba en aumento.

Vinieron á casa algunos amigos y respondieron á sus lastimeros quejidos con una carejada.

—¡Qué aprensivo eres, hombre!

—No es aprension, no hablarme de eso, estoy muy malo.

—¡Bah! ¡bah! No faltes esta noche al café.

El enfermo no contestó y siguió quejándose amargamente.

Por fin, hácia el anoecer se presentó el facultativo, y saludó agradablemente á la señora de la casa, esposa del paciente.

—¿Qué tenemos, señora?

—Se queja mucho; pero ya sabe V. sus aprensiones.

—¡Buen caso hay que hacer de sus quejidos!

—Le he mandado á V. el primer recado esta mañana á las ocho.

—Pero V. sabe que le conocemos y por eso no me he dado prisa en venir.

—Vaya, entre V. á ver si le anima con su presencia, y se levanta; teníamos palco para esta noche.

—Pues váyase V. vistiendo, señora, que yo le haré que se levante.

Entró el Hipócrates en la alcoba. Dirigió al enfermo algunas chanzonetas que fueron recibidas con el silencio más profundo.

—¡Qué cosas tiene V! ¿A que se ha propuesto meternos miedo? A ver el pulso.

El enfermo presenta el brazo no sin algun esfuerzo.

—¡Hola! ¡Hola! Alguna cosilla, alguna novedad tenemos; pero no hay motivo para asustarse, no hay que tener aprension.

El enfermo mira al doctor, y no profiere una palabra.

—¿Qué tal? pregunta la mujer, ¿viremos al teatro esta noche?

—Creo que no.

—¡Caramba! ¿Pues qué tiene?

—Nada.

—Pues entónces...

—Pero como es tan aprensivo, el susto de creerse con una pulmonia le ha producido alguna alteracion en el pulso, y tiene algo de calentura.

—¡Ah! ¿Tiene realmente calentura? exclama la mujer asustada.

—Sí; pero ya le conocemos, eso se pasará en cuanto se tranquilice.

—¿Y qué le doy?

—Nada: si le receto alguna cosa, de seguro se eré enfermo, y parará en estarlo; porque estos aprensivos se desarrollan ellos mismos las enfermedades en fuerza del miedo que les amilana.

—¿Y volverá V?

—Mañana.

—¿Temprano?

—No hago falta; pero si V. lo desea....

—Sí, señor, porque no me dejará en paz toda la noche; lo estoy temiendo.

—Pues vendré temprano, señora. A los piés de V.

La mujer del aprensivo entró en la alcoba: el enfermo iba de mal en peor; el mal se desarrollaba en grandes proporciones; apenas se le entendia, la fatiga y el hervor del pecho le tenían postrado.

Cualquiera que ignorase que al pobre señor se le tenía por aprensivo, le hubiera creído en peligro de muerte.

A cosa de las once de la noche, entró en la alcoba un vecino de la casa, y salió asustado diciendo que el enfermo tenía una pulmonia fulminante, y si no avisaban al facultativo espiraría hasta sin los auxilios espirituales.

Asustóse la mujer, dió un campanillazo y se presentó el criado consabido.

—Corre, le dijo, dí al facultativo que venga volando.

El criado salió de la sala, diciendo entre dientes:

—Ya comprendo esto: la señora me dá este recado que ha oido el señor, á fin de hacerle creer que se toma interés por su salud.

Y salió á la calle con ánimo de dar un refilon á la novia.

Una hora despues, el enfermo estaba casi dando las boqueadas, y el médico no venia.

El vecino declaró que no llegaría á tiempo; la señora se aborotó, entró en la alcoba, abrazó á su marido, y al verle efectivamente luchando con las ansias de la muerte, salió acompañada de una sirvienta en busca tambien del facultativo.

—¿Qué es esto, señora? le dijo éste al verla entrar en su casa.

—¡Que se muere mi marido!
 —¿Qué dice V. señora?
 —Corra V., por Dios se lo suplico.
 —Señora, ya le conocemos, no nos suceda lo que otras veces.
 —No, señor, no; corramos, corramos.
 Al llegar á casa, encontraron un cadáver en lugar de un enfermo.
 El médico se quedó estupefacto.
 —¿Cuándo se sintió enfermo? preguntó.
 —Anoche á las doce; pero creyendo si serian las aprensiones de siempre, no le he llamado á V. hasta esta mañana á las ocho.
 —Recibí el recado á las dos de la tarde.
 —Pero V. le vió, y no le consideró de peligro.
 —¿Cuántas veces le hemos visto medio muerto de aprension, y á las dos horas se levantaba de la cama y salía á la calle!
 —¿Pero ha muerto de pulmonia? Preguntó la mujer.
 —No, señora, ha muerto de aprension; se ha creído con ella, se ha amilanado y se ha muerto.
 —¿Pero es posible morir de aprension?
 —¿Que si es posible? Que lo diga el cólera-morbo. La aprension es hermana del miedo, señora, y V. debe consolarse, porque su marido de V. ha muerto bueno y sano como el primero: ha muerto de aprension que es una de las enfermedades mas mortíferas y contagiosas.

M. J. Diana.

COSAS DE NEGRO

Registra *La Nacion*:

«El señor Jefe Político Coronel Goyeneche, acompañado del señor Remondini, anduvo ayer puerta por puerta solicitando el concurso de los vecinos de la calle de Sarandí entre Cámaras y Juneal, para contribuir á costear los adornos de esas dos cuadras en los días de carnaval.

«Parece imposible que en una calle donde hay tantos negocios de importancia, solo se hayan podido recolectar ciento sesenta y ocho pesos, cuando los adornos que segun los planos se pondrán en esas dos cuadras cuestan cerca de quinientos pesos».

Lo que parece imposible es, no que los vecinos de la calle del Sarandí se hayan negado á dar su plata para mirar mamarrachos, en lo que han procedido cuerda y prudente, sino que el Jefe Político haya andado de puerta en puerta á guisa de mendigo, solicitando una limosnita por amor de Dios para los adornos.

Esto es lo que verdaderamente parece imposible, y no lo es ni lo será mientras se trate de carnestolendas y esté al frente de la Jefatura Política el Coronel don Juan P. Goyeneche. Pero al fin se ha hallado con la horma de su zapato, y los vecinos le han dado, indirectamente, una leccion, haciéndole comprender á lo que se expone un Jefe de Policía cuando descende al oficio de recolector de fondos para el carnaval.

Y sigue *La Nacion*:

«Con verdadera mezquindad se han portado los mencionados vecinos, que ni por deferencia á que el señor Jefe Político personalmente soli-

citaba el concurso de ellos, han tenido la delicadeza de adherirse á los esfuerzos que él hace para que tengamos un buen carnaval y luzca la calle donde ellos mismos tienen establecidos sus negocios».

¿Con qué por deferencia al Coronel Goyeneche debieron alojar la mosca los vecinos? Solo esto podrá ocurrírsele á *La Nacion*, diario que en cuanto á deferencias, lo mismo que *El Ferro Carril*, no encuentra quien le ponga el pié delante. Pues seria gracioso que por la bonita cara del Coronel Goyeneche (que no es así) le pagaran desatáran los cordones de la bolsa y le ofrecieran el conquibus!

Esto servirá para que el Coronel Goyeneche sea mas cauto en lo sucesivo y sepa á que atenerse respecto á las simpatias de que goza en la poblacion, segun los órganos situacionistas las cuales no llegan hasta el bolsillo de los contribuyentes. Y obras son amores....

La Nacion se queja tambien de que los negociantes de la calle del Sarandí no se han adherido á los esfuerzos que hace el Coronel Goyeneche para que ten jam n un buen carnaval. Qué quere decir Cristo?..... Qué hoy el pueblo no es á par fiestas por hallarse demasíadamente pobre, y que es en vano pretender tajar el cielo con un hachero, ó pasar guio por liebre, ó hacer la blanco negro; es o es, que es en vano pujar por fabricar alegrias que no existen en el corazon del pueblo.

Entre tanto y despues de saber que el Coronel Goyeneche ha ido de puerta en puerta á los Herodes á Pilatos solicitando el concurso de los vecinos para costear los adornos de las calles, diremos por conclusion:—ó nosotros ignoramos de donde tenemos las narices (y eso que son pronunciadas) ó el Coronel Goyeneche no sabe todavía lo que es ser Jefe Político de la capital de una República.

Trae *El Ferro Carril*:

«Hoy se embarcó el Inspector Nacional de escuelas don José P. Varela, con destino á los departamentos de Soriano, Paysandú y Salto, con objeto de inspeccionar las escuelas de aquellas localidades».

Entónces, para qué sirven los Inspectores departamentales? Ya lo hemos dicho mas de una ocasion; para lujo y corte de don José P. Varela. Y como el lujo es para los ricos, y nosotros estamos pobres; y como las cortes son para los monárquicos, y nosotros somos republicanos, lo mejor de todo seria suprimir los Inspectores departamentales... y aua, haciéndonos intérpretes de la opinion pública, pensamos que nada se perderia y se ganaria mucho con suprimir tambien al Inspector Nacional y volver las cosas á su antiguo estado.

Nosotros raras veces hemos aplaudido al señor Montero; pero ahora consideramos justo reconocer, en vista de lo que pasa en el ramo de Instruccion popular, que el actual Ministro de Gobierno mientras fué Director de escuelas hizo mas, inmensamente mas en beneficio de la educacion del pueblo, que el actual Vice-Presidente de la Direccion de Instruccion Pública.

Al César lo que es del César.